

felicidad comunican nuestras afecciones satisfechas, estará también caldeado por el sol de la Ciencia.

Todos guardaban silencio en presencia de aquel hombre. Las palabras incoherentes que le arrancó el dolor fueron sobrado verdaderas para no ser sublimes.

De pronto Baltasar relegó su desesperación al fondo de su alma, paseó por la reunión una mirada majestuosa que brilló en las almas, tomó el diamante y se lo ofreció á Margarita, diciendo: —Te pertenece, ángel mío.— Luego despidió á Lemulquinier con un ademán, y dijo al notario: —Continuemos.

Esta palabra causó en los circunstantes un estremecimiento parecido al que Talma causaba en el público al representar ciertos papeles. Baltasar tomó asiento, diciéndose en voz baja: —Hoy sólo debo ser padre.— Margarita lo oyó, cogió la mano de su padre y se la besó respetuosamente.

—No ha habido hombre tan grande como él, ni tan enérgico, dijo Manuel cuando su prometida volvió á su lado; cualquier otro se habría vuelto ya loco.

Después de leídos y firmados los tres contratos, todos se acercaron á Baltasar para preguntarle cómo se había formado aquel diamante; pero no podía contestar nada sobre un caso tan extraño. Miró su desván y lo designó con un ademán de rabia.

—Sí, la terrible potencia debida al movimiento de la materia inflamada, que sin duda ha hecho los metales y los diamantes, se ha manifestado un momento por casualidad, dijo.

—Pues esa casualidad debe ser muy natural, observó una de esas personas que quieren explicarlo todo; el buen hombre dejaría olvidado algún diamante verdadero. Ese se habrá salvado de tantos como ha quemado.

—Olvidemos este asunto, dijo Baltasar á sus amigos; no hablemos hoy de ello.

Margarita se cogió del brazo de su padre para pasar á las habitaciones de la casa de delante donde le aguardaba una suntuosa fiesta. Cuando entró en la galería, después de sus huéspedes, la vió llena de cuadros y llena de flores raras.

—¡Cuadros! exclamó, ¡cuadros! ¡y entre ellos algunos de los que fueron nuestros!

Paróse, se obscureció su frente, tuvo un momento de tris-

teza, y entonces sintió el peso de sus faltas midiendo la extensión de su humillación secreta.

—Todo esto es de usted, padre, le dijo Margarita adivinando los sentimientos que agitaban su alma.

—Ángel á quien deben ensalzar los espíritus celestiales, exclamó, ¡cuántas veces has devuelto la vida á tu padre!

—No se preocupe usted por ello, y deseche de su corazón todo pensamiento triste, y así me recompensará mucho más de lo que espero, contestó Margarita. Acabo de pensar en Lemulquinier; las pocas palabras que me ha dicho usted acerca de él me lo hacen más querido, y confieso que había juzgado mal á ese hombre; no se cuide usted ya de lo que le debe: seguirá al lado de usted como un humilde amigo. Manuel tiene ahorrados unos sesenta mil francos y se los daremos á Lemulquinier. Después de haberle servido á usted tan bien, ese hombre debe vivir feliz y tranquilo el resto de sus días. Tampoco pase usted cuidado por nosotros. Solís y yo llevaremos una vida agradable y sosegada, una vida sin fausto; podemos, pues, pasar sin ese dinero hasta que nos lo devuelva usted.

—¡Ah, hija mía, no me abandones nunca! ¡Sé siempre la providencia de tu padre!

Al entrar en los salones de recepción, Baltasar los encontró restaurados y amueblados tan magníficamente como lo estuvieron en otro tiempo. Poco después los convidados pasaron al gran comedor de la planta baja por la escalera principal, en cada uno de cuyos escalones había arbustos floridos. Una vajilla de plata, maravillosamente labrada y regalada por Gabriel á su padre, atrajo las miradas de todos, lo propio que el lujo de la mesa que pareció inaudito á los habitantes principales de una ciudad donde este lujo es tradicional. Los criados de Conyncks, Claes y Pierquin se habían reunido para servir aquel banquete suntuoso. Baltasar, al verse presidiendo aquella mesa rodeada de parientes y de amigos en cuyos rostros se veía retratada una alegría viva y sincera, sintió tan profunda emoción que todos callaron, como se suele guardar silencio ante las grandes alegrías y los grandes dolores.

—Hijos míos, exclamó, habéis muerto el buey gordo para la vuelta del padre pródigo.

Esta frase, con la cual el sabio hacía justicia á sus yerros y que tal vez impidió que se le juzgara más severamente, la

pronunció tan noblemente que hizo enternecer á todos; pero esta fué la última expresión de melancolía, porque en seguida renació el júbilo tomando insensiblemente ese carácter bullicioso que anima las fiestas de familia. Después de comer, llegaron otras de las personas distinguidas de la ciudad para asistir al baile, que correspondió al esplendor clásico de la casa Claes restaurada. Los tres casamientos se celebraron en breve y fueron motivo de nuevas fiestas, bailes y banquetes que arrastraron muchos meses al viejo Claes en el torbellino de la sociedad. Su hijo mayor fué á establecerse en la finca que poseía Conyncks cerca de Cambrai, pues el buen señor no quería separarse nunca de su hija. La señora Pierquin hubo de dejar el hogar paterno para hacer los honores de la casa que el notario se había mandado construir y en la que quería vivir noblemente, porque había vendido su notaría, y el tío Des Racquets había fallecido dejándole heredero de riquezas lentamente economizadas. Juan marchó á París con objeto de terminar su educación.

Los esposos Solís se quedaron solos con su padre que dejó para ellos el barrio de atrás, instalándose él en el segundo piso de la casa de delante. Margarita continuó velando por la felicidad material de Baltasar, en cuya dulce tarea la ayudó Manuel. La noble joven recibió de manos del amor la corona más envidiada, la que la ventura teje y cuyo brillo está mantenido por la constancia. En efecto, no ha habido pareja que mejor ofreciera la imagen de esa felicidad completa, confesada, pura, que todas las mujeres acarician en sus sueños. La unión de aquellos dos seres tan animosos en las rudas pruebas de la vida, y que se habían amado tan santamente, causó en la ciudad una admiración respetuosa. Solís, nombrado hacia ya tiempo inspector general de la Universidad, dimitió este cargo para gozar mejor de su dicha y continuar en Douai donde todos tributaban tal homenaje á su talento y á su carácter, que de antemano podía contar con salir elegido diputado cuando tuviera la edad fijada por la ley. Margarita, que se había mostrado tan fuerte en la adversidad, fué en la felicidad una mujer dulce y buena. Claes pasó aquel año gravemente preocupado sin duda; pero si hizo experimentos poco costosos y para los cuales bastaban sus rentas, pareció descuidar su laboratorio. Margarita, que volvió á adoptar las antiguas costumbres de la casa

Claes, dió todos los meses á su padre una fiesta de familia á la cual asistían los Pierquin y los Conyncks, y recibió á la elevada sociedad de la población un día por semana con pretexto de obsequiarla con un café que llegó á ser uno de los más célebres. Aunque distraído con frecuencia, Claes asistía á todas las reuniones, y mostróse hombre de mundo tan amable por complacer á su hija mayor, que sus hijos tuvieron motivos para creer que había renunciado á buscar la solución de su problema. De este modo transcurrieron tres años.

En 1838, un acontecimiento favorable para Manuel le llamó á España. Aunque entre él y las posesiones de la casa de Solís había tres ramas numerosas, la fiebre amarilla, la vejez, la esterilidad y todos los caprichos de la fortuna se reunieron para hacer á Manuel heredero de los títulos y de las riquezas de su casa, por más que fuera el último. Por una de esas casualidades que no son inverosímiles más que en las novelas, la casa de Solís había adquirido el condado de Nourho. Margarita no quiso separarse de su marido que debía pasar en España tanto tiempo como lo exigieran sus asuntos; fuera de que tenía deseos de ver el palacio de Casa Real, donde su madre había pasado su infancia, y la ciudad de Granada, cuna de la familia Solís. Partió, pues, confiando la dirección de su casa á la lealtad de Marta, Josefa y Lemulquinier, que estaba acostumbrado ya á administrarla. Baltasar, á quien Margarita propuso que la acompañase á España, no quiso, pretextando su avanzada edad; pero la verdadera causa de su negativa fueron los muchos trabajos meditados hacia largo tiempo, y que debían realizar sus esperanzas.

El conde y la condesa de Solís y Nourho estuvieron en España más tiempo del que se proponían. Margarita tuvo allí un hijo. A mediados de 1830 estaban en Cádiz, donde contaban embarcarse para volver á Francia por Italia; pero recibieron una carta en la que Felicia daba desagradables noticias á su hermana. Su padre se había arruinado completamente en diez y ocho meses, y Gabriel y Pierquin tenían que entregar una cantidad mensual á Lemulquinier para atender á las necesidades de la casa. El anciano criado había sacrificado otra vez su fortuna á su amo. Baltasar no quería recibir á nadie, y ni siquiera admitía á sus hijos en su casa. Josefa y Marta habían fallecido. El cochero, el coci-

nero y los demás criados habían sido despedidos sucesivamente, y se habían vendido los caballos y los coches. Aunque Lemulquinier guardara el más profundo secreto sobre las costumbres de su amo, era de creer que los mil francos mensuales dados por Gabriel Claes y por Pierquin se invirtieran en experimentos. La reducida cantidad de provisiones que el ayuda de cámara compraba en el mercado hacía suponer que los dos viejos se contentaban con lo estrictamente necesario. En fin, para que no se vendiera la casa paterna, Gabriel y Pierquin pagaban los intereses del dinero que el anciano había tomado prestado sobre aquella finca, sin que él lo supiera. Ninguno de sus hijos tenía influencia sobre él, pues á los setenta años desplegaba una energía extraordinaria para conseguir realizar sus voluntades, aun las más absurdas. Margarita podría ser quizás la única que recobrará el imperio que había ejercido sobre Baltasar, y Felicia suplicaba á su hermana que volviera cuanto antes, pues temía que su padre hubiera firmado algunas letras de cambio. Gabriel, Conyncks, Pierquin, asustados de una locura que había devorado cerca de siete millones de francos sin resultado, estaban resueltos á no pagar las deudas de Claes.

Aquella carta hizo que Margarita cambiara sus proyectos de viaje y la obligó á tomar el camino más corto para volver á Douai. Sus economías y su nueva fortuna le permitían pagar una vez más las deudas de su padre; pero quería más, quería obedecer á su madre no dejando que Baltasar muriera deshonorado. Cierta que ella era la única que tuviera bastante ascendiente sobre el anciano para impedirle que continuara su obra de ruina á una edad en la que no se podía esperar ya ningún trabajo fructuoso de sus facultades debilitadas. Pero deseaba gobernarle sin zaherirle á fin de no imitar á los hijos de Sófocles, en el caso en que su padre se aproximara al objeto científico por el cual había hecho tantos sacrificios.

Los esposos Solís llegaron á Flandes á fines de septiembre de 1831, y entraron en Douai por la mañana. Margarita hizo parar el coche delante de la calle de París, que encontró cerrada. Tiró con fuerza de la campanilla sin que nadie saliese á abrir. Un tendero salió á la puerta de su tienda, atraído por el ruido de los coches de Solís y de sus acompañantes. Muchas personas estaban asomadas á las ventanas

para disfrutar del espectáculo que les ofrecía el regreso de un matrimonio querido en la población, y atraídos también por esa vaga curiosidad unida á los acontecimientos que la llegada de Margarita hacía presumir que sucederían en la casa. Claes. El tendero dijo al ayuda de cámara del conde de Solís que el anciano Claes había salido hacia una hora. Margarita envió á buscar á un cerrajero para abrir la puerta á fin de evitar la escena que le preparaba la resistencia de su padre si, como le había escrito Felicia, se negaba á recibirla en su casa. Mientras tanto, Manuel fué á buscar á Baltasar para anunciarle la llegada de su hija y el ayuda de cámara corrió también á avisar al matrimonio Pierquin. La puerta quedó muy pronto abierta. Margarita pasó al locutorio para que entraran en él su equipaje, y se estremeció de terror al ver las paredes tan desnudas como si las hubieran pegado fuego. Los admirables tableros esculpidos por van Huysum y el retrato del presidente habían sido vendidos á lord Spencer, según dijeron. El comedor estaba vacío, y no había en él más que dos sillas de paja y una mesa ordinaria en la que Margarita vió con espanto dos platos, dos tazones, dos cubiertos de plata, y en un plato los residuos de un arenque que sin duda acababan de comer Claes y su criado. En un momento recorrió toda la casa, cada una de cuyas habitaciones presentaba el desconsolador espectáculo de una desnudez semejante á las del locutorio y del comedor. La idea de lo Absoluto había pasado por todas partes como un incendio. El cuarto de su padre tenía por todo mueblaje una cama, una mesa y una silla, en la cual había un mal candelero de cobre en el que la víspera se había consumido un cabo de vela de la peor clase. La desnudez era tan completa que ni cortinas había en las ventanas. Los más insignificantes objetos de la casa que podían tener algún valor, todo, hasta los utensilios de cocina, había sido vendido. Incitada por la curiosidad, que no nos abandona ni aun en la desgracia, Margarita entró en el cuarto de Lemulquinier que estaba tan vacío como el de su amo. En el cajón entreabierto de la mesa encontró una papeleta del Monte de Piedad que atestiguaba que el criado había empeñado su reloj algunos días antes. Corrió al laboratorio y vió aquella espaciosa pieza llena como antes de instrumentos científicos. Por último, abrió su cuarto; su padre había respetado todo cuanto en él había.

A la primera ojeada, Margarita rompió á llorar y perdonó á su padre, al observar que en medio de su furor devastador le había contenido el sentimiento paterno y el agradecimiento que debía á su hija. Aquella prueba de cariño, recibida en un momento en que la desesperación de Margarita llegaba al colmo, produjo una de esas reacciones morales contra las cuales los corazones más fríos carecen de fuerza. Bajó al locutorio y aguardó en él la llegada de su padre con una ansiedad terriblemente aumentada por la duda. ¿Cómo iba á encontrarle? Destruído, decrépito, enfermizo, debilitado por la escasa alimentación que soportaba por orgullo. Pero ¿conservaba su razón? De sus ojos corrían abundantes lágrimas, sin que ella lo notara, al encontrarse en aquel santuario devastado. Las imágenes de toda su vida, sus esfuerzos, sus precauciones inútiles, su infancia, su madre feliz y desgraciada, todo, hasta su pequeño José que sonreía ante aquel espectáculo de desolación, constituía para ella un poema de desgarradoras melancolías. Pero aunque previese desdichas, no podía esperar el desenlace que debía coronar la vida de su padre, aquella vida á la vez tan grandiosa y tan miserable. El estado en que Claes se encontraba no era un secreto para nadie. Para vergüenza de los hombres, no había en Douai dos corazones generosos que admirasen su perseverancia de hombre de genio. Para toda la gente, Baltasar era un individuo á quien se debería encerrar, un mal padre que se había comido seis fortunas, millones, y que buscaba la piedra filosofal en el siglo XIX, este siglo ilustrado, este siglo incrédulo, este siglo... etc., etc. Se le calumniaba motejándole con el apodo de alquimista, y diciendo delante de él esta frase: —Quiere hacer oro. —¡Cuántos elogios no se prodigaban á este siglo en el que, como en todos los demás, el talento expira bajo una indiferencia tan brutal como lo era la de los tiempos en que murieron Dante, Cervantes, Tasso e *tutti quanti*. Los pueblos comprenden aún más tardíamente las creaciones del genio de lo que las comprendían los reyes.

Estas opiniones habían filtrado insensiblemente de la alta sociedad de Douai á la burguesía y de la burguesía al pueblo bajo. El químico septuagenario causaba honda conmiseración á las personas bien educadas, y burlona curiosidad en el pueblo, dos expresiones llenas de menosprecio y de ese *vix victis!* con que las masas abruman á los grandes hom-

bres cuando los ven miserables. Mucha gente acudía delante de la casa de Claes sólo por contemplar el rosetón del desván donde se había consumido tanto oro y tanto carbón. Cuando Baltasar pasaba le señalaban con el dedo; al verle, solía escapar una palabra de mofa de los labios de algún hombre del pueblo ó de un muchacho; pero Lemulquinier se ingeniaba por hacerle comprender que era un elogio y podía engañarle impunemente. Si los ojos de Baltasar habían conservado esa lucidez sublime que la costumbre de concebir grandes pensamientos produce en ellos, el sentido del oído se había debilitado. Para muchos campesinos, gente supersticiosa y grosera, aquel viejo era un brujo. En los arrabales, en el campo se daba á la noble, á la gran casa Claes el nombre de casa del Diablo. Hasta la figura de Lemulquinier se prestaba á las creencias ridículas que habían circulado acerca de su amo, y cuando el pobre viejo ilota iba al mercado á comprar los víveres necesarios para la subsistencia y que procuraba fuesen de los más baratos, no obtenía nada sin que le dirigieran algunas injurias por vía de *regocijo*, pudiendo darse por satisfecho si algunas vendedoras supersticiosas no se negaban á venderle su pobre pitanza temerosas de condenarse por su contacto con un hombre vendido al diablo. Así, pues, los sentimientos de toda aquella población eran, por lo general, hostiles al sabio anciano y á su compañero. El desorden del traje de uno y otro se prestaba también á ello, pues iban vestidos como esos pobres vergonzantes que conservan un exterior decente y vacilan en pedir limosna. Era de temer que llegara un día en que la gente insultara á los dos viejos. Pierquin, que comprendía cuán deshonrosa había de ser una injuria para la familia, hacía que dos ó tres criados suyos siguieran á su suegro en sus paseos, y le rodearan á cierta distancia con encargo de protegerle, porque la revolución de julio no había contribuido á hacer al pueblo muy respetuoso.

Por una de esas fatalidades que no se explican, un día Claes y Lemulquinier salieron muy de mañana, burlando la vigilancia secreta de los esposos Pierquin, y andaban solos por la ciudad. Al regresar de su paseo se sentaron á tomar el sol en un banco de la plaza de Santiago, por la que pasaban algunos muchachos para ir á la escuela. Al ver de lejos á aquellos dos ancianos indefensos, los chicos se pusieron á hablar de ellos. Por lo común, las conversaciones de los

niños se convierten en risas, y de las risas pasan á las bur-las sin darse cuenta de su crueldad. Siete ú ocho de los que llegaron primero se pararon á alguna distancia y se pusie-ron á contemplar aquellas dos viejas figuras, procurando reprimir la risa, pero no tanto que no llamaran la atención de Lemulquinier.

—Mira, ¿ves aquel que tiene la cabeza como una rodilla?

—Sí.

—Pues es un sabio de nacimiento.

—Papá dice que hace oro, dijo otro.

—¿Por dónde? ¿Por aquí ó por aquí? preguntó un ter-cero señalando con picaresco ademán esa parte de sí mismos que los estudiantes se enseñan tan á menudo en señal de desprecio.

El más pequeño de la cuadrilla, que llevaba su cesta llena de provisiones é iba lamiendo una rebanada de pan untada con manteca, se acercó sencillamente al banco, y preguntó á Lemulquinier:

—Señor, ¿es verdad que hacen ustedes perlas y diaman-tes?

—Sí, pequeño miliciano, contestó Lemulquinier son-riendo y dando al niño un golpecito en el carrillo; te rega-laremos uno cuando seas muy sabio.

—¡Ahl Regálenoslas también á nosotros, dijeron todos á una.

Todos los niños acudieron como una bandada de pájaros y rodearon á los dos viejos. Baltasar, embebido en una me-ditación de la que le sacaron aquellos gritos, hizo un movi-miento de sorpresa que causó una risotada general.

—¡Vaya, chiquillos, respetad á un grande hombre! dijo Lemulquinier.

—¡Fuera los brujos! ¡Fuera los brujos! gritaron los chicos.

Lemulquinier se levantó y amenazó con el bastón á los muchachos, que se echaron á correr cogiendo barro y pie-dras. Un obrero, que estaba almorzando á pocos pasos de allí y vió como Lemulquinier levantaba el palo para ahun-terar á los chicuelos, creyó que les había pegado, y se puso en su favor lanzando este grito terrible: ¡Fuera los brujos!

Los niños, viéndose protegidos, lanzaron sus proyectiles, que alcanzaron á los dos viejos en el momento en que el conde de Solís asomaba por un extremo de la plaza acom-

pañado de los criados de Pierquin; pero no llegaron tan pronto que pudieran impedir que los muchachos llenaran de barro al sabio anciano y á su criado. El golpe estaba des-cargado. Baltasar, que hasta entonces había conservado sus facultades por esa castidad natural en los sabios en quienes la preocupación de un descubrimiento destruye las pasio-nes, adivinó, por un fenómeno de intuición, el secreto de aquella escena; su cuerpo decrepito no pudo soportar la es-pantosa reacción que sintió en la elevada región de sus sen-timientos, y cayó con un ataque de parálisis en brazos de Lemulquinier, que le llevó á su casa en una camilla, seguido de sus dos yernos y sus criados. No fué posible impedir que el populacho de Douai escoltara al anciano hasta la puerta de su casa, donde estaban Felicia y sus hijos, Juan, Margari-ta y Gabriel, que, avisado por su hermana, había llegado de Cambrai con su mujer. Fué un espectáculo tristísimo el que presentó aquel viejo, que no luchaba con la muerte tanto como con el terror que le causaba el ver que sus hijos des-cubrieran el secreto de su miseria. En seguida pusieron una cama en medio del locutorio; se prodigaron socorros á Bal-tasar, cuya situación permitió al cabo del día concebir algu-nas esperanzas de curación. Sin embargo, aunque se com-batió hábilmente la parálisis, le dejó algún tiempo en un estado rayano en la infancia. Cuando el achaque cesó por grados, continuó en la lengua, á la que había atacado más especialmente, quizás porque la cólera había hecho acudir á ella todas las fuerzas del viejo en el momento en que quiso apostrofar á los muchachos.

Aquella escena causó general indignación en la ciudad. Por una ley, desconocida hasta entonces, que dirige las sim-patías de las masas, aquel suceso hizo que todos las sintie-ran por Claes. De un momento á otro pasó á ser un grande hombre, excitó la admiración, y se granjeó todos los senti-mientos benévolos que le negaban la víspera. Todos enco-miaban su paciencia, su voluntad, su constancia, su genio. Las autoridades quisieron perseguir á los que habían come-tido el atentado; pero el daño estaba ya hecho. La familia Claes fué la primera en pedir que se echara tierra al asunto. Margarita había mandado que se amueblase el locutorio, cuyas paredes desnudas se tapizaron en breve de seda. Cuando, á los pocos días de aquel suceso, el anciano padre recobró sus facultades y se encontró en un recinto elegante,

rodeado de cuanto requiere una vida desahogada, dió á entender que su hija Margarita debía haber llegado, precisamente en el momento en que ella entraba en el locutorio, y, al verla, Baltasar se sonrojó, y se le humedecieron los ojos aunque sin que brotaran lágrimas de ellos. Pudo estrechar con sus dedos fríos la mano de su hija, y en esta presión puso todos los sentimientos y todas las ideas que no podía expresar. Fué algo santo y solemne, el adiós del cerebro que aun vivía, del corazón reanimado por el agradecimiento. Gastadas sus fuerzas por sus tentativas infructuosas, postrado por su lucha con un problema gigantesco y desesperado tal vez del incógnito que aguardaba á su memoria, aquel gigante iba á morir pronto; todos sus hijos le rodeaban con respetuoso afecto, de suerte que pudo recrear la vista en las imágenes de la abundancia, de la riqueza, y en el cuadro conmovedor que ofrecía su excelente familia. Se mostró constantemente cariñoso en sus miradas, con las cuales pudo manifestar sus sentimientos; sus ojos adquirieron de pronto tan gran variedad de expresión, que tuvieron algo así como un lenguaje de luz, fácil de comprender. Margarita pagó las deudas de su padre, y en pocos días devolvió á la casa Claes un esplendor moderno que debía desvanecer toda idea de decadencia. Ya no se apartó de la cabecera de la cama de Baltasar, cuyos pensamientos se esforzaba en adivinar, así como en cumplir sus menores deseos. Transcurrieron algunos meses en las alternativas de empeoramiento y mejoría que marcan en los viejos la lucha entre la vida y la muerte; todas las mañanas iban á verle sus hijos, pasaban el día en el locutorio comiendo en su presencia, y no se marchaban hasta el momento en que iban á dormirse. La distracción que más le gustó, de todas cuantas procuraban proporcionarle, fué la lectura de los periódicos, que á causa de los acontecimientos políticos, eran á la sazón más interesantes. Claes escuchaba con atención cuanto le leía Solís.

A fines de 1832, Baltasar pasó una noche muy crítica, durante la cual el enfermero llamó al médico Pierquin, alarmado del repentino cambio que observó en el paciente; y, en efecto, el médico se quedó á velarle temeroso de que expirase de un momento á otro á causa de los esfuerzos de una crisis interior, cuyos efectos tuvieron el carácter de una agonía.

El anciano hacía movimientos de fuerza increíble para romper los vínculos de la parálisis; deseaba hablar y removía la lengua sin poder formar sonidos; sus ojos chispeantes despedían pensamientos; sus facciones contraídas expresaban dolores inauditos; sus dedos se agitaban de un modo desesperado y le caían gruesas gotas de sudor. Por la mañana, los hijos entraron á abrazar á su padre con ese cariño que se manifestaba todos los días más ardiente y más vivo por el temor de su próxima muerte; pero él no les demostró la satisfacción que habitualmente le causaban esos testimonios de ternura. Manuel, aconsejado por Pierquin, se apresuró á coger el periódico, por si su lectura podía aminorar las crisis interiores que tanto mortificaban á Baltasar. Al desdoblar el diario, leyó estas palabras: *Descubrimiento de lo Absoluto*, que le llamaron vivamente la atención, y leyó á Margarita un artículo en que se trataba de un pleito relativo á la venta que un célebre matemático polaco había hecho de lo Absoluto. Aunque Manuel leyó aquel artículo en voz baja, Baltasar lo oyó.

De pronto el moribundo se enderezó apoyándose en los puños; dirigió á sus hijos asustados una mirada que cayó sobre todos como un rayo, se le erizaron los cabellos que le quedaban en la nuca, temblaron sus arrugas, su rostro se animó con una expresión de fuego, pasó un soplo por aquel semblante, dándole cierta sublimidad; levantó una mano crispada por la rabia, y con voz vibrante pronunció la famosa palabra de Arquímedes: EUREKA (¡lo encontré!). En seguida volvió á caer sobre su lecho, despidiendo el pesado sonido de un cuerpo inerte, expiró lanzando un gemido espantoso, y sus ojos convulsos expresaron, hasta el momento en que el médico los cerró, el disgusto de no haber podido legar á la Ciencia la clave de un enigma cuyo velo habían rasgado tardíamente los dedos descarnados de la Muerte.

París, junio-septiembre, 1834.